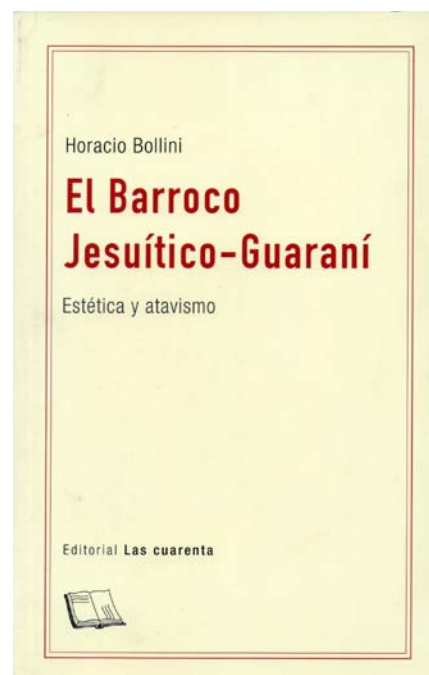


Horacio Bollini, *El Barroco Jesuítico-Guaraní: estética y atavismo*. Buenos Aires, Editorial Las cuarenta, 2013, 160 pp. ISBN 978-987-1501-57-1

En *El Barroco Jesuítico-Guaraní: estética y atavismo*, Horacio Bollini<sup>1</sup> plantea una reflexión de orden estético (centrada en las artes visuales y la arquitectura), filosófico y antropológico sobre la experiencia de las misiones en la antigua provincia jesuítica de *Paraquaria*. Según la propuesta del autor, en las reducciones que allí se establecieron, políticamente aisladas del área colonial, es posible advertir una “lectura lateral” (p. 13) de los lenguajes del barroco, basada en la interacción de la cosmovisión guaraní, las concepciones jesuitas y las del barroco europeo. El análisis se asienta en una sólida base bibliográfica en la que se destacan las teorías de Gottfried Leibniz, Baruch Spinoza y más cercano en el tiempo, Gilles Deleuze; un *corpus* de estudios especializados sobre la *Societas Iesu*, y numerosos textos fuente a partir de los cuales se reconstruye la experiencia jesuítica en la región: entre ellos, crónicas, memorias, inventarios, testimonios y relaciones, escritos en su mayoría por miembros de la orden (José Cardiel, Antonio Sepp, Ruiz de Montoya, Gonzalo de Doblas, Jaime Oliver, entre otros), pero también, en algunos casos, por seglares.

En la primera parte, titulada “Ubicuidad del Barroco”, el estudio expone las principales características de la filosofía y la estética del Barroco europeo, para luego concentrarse en su particular modulación en las selváticas tierras de *Paraquaria*, al devenir proyecto misionero y entrar en contacto con las concepciones culturales y religiosas propias de la etnia guaraní. Bollini argumenta que, si numerosos elementos típicamente barrocos parecen instituirse como verdaderas piedras basales del programa de aculturación jesuita (entre los que se mencionan en el ensayo, el tópico de *Memento Mori*, visible tanto en los elementos ornamentales como en los libros de doctrina y en la iconografía), es posible, al mismo tiempo, rastrear ciertos desplazamientos que el canon barroco metropolitano experimenta a partir de la



<sup>1</sup> Horacio Bollini es profesor universitario e investigador especializado en Historia del Arte, Filosofía del Arte y técnicas antiguas de pintura. Ha publicado anteriormente *Materia y signo* (2012), *La reducción de San Ignacio Miní y el Barroco* (2012), *Detrás de la imagen* (2009), *Misiones jesuíticas, visión artística y patrimonial* (2009), *Arte en las misiones jesuíticas. Los espejos del mundo jesuítico-guaraní* (2007), entre otros textos.

experiencia jesuítico-guaraní en tanto “zona de contacto” entre lo europeo y lo americano. Para rastrear estas torsiones en el campo del arte misional, el investigador realiza una periodización en tres ciclos, de la que extrae como conclusión la existencia, en el plano de la talla de imágenes, de una *oscilación* histórica entre iconismo guaraní y dinamismo barroco, prevaleciendo finalmente una tendencia hacia lo icónico que somete cualquier plano de corporalidad y naturalismo.

Más allá de las diferencias que se establecen entre los mencionados períodos del arte misional, los tres se caracterizan, según la perspectiva del estudio, por una intensa utilización del simbolismo y la alegoría. Bollini señala que, en su cultivo del símbolo, la experiencia jesuita manifiesta su distancia con respecto a los desarrollos del barroco tardío europeo y del pensamiento iluminista del siglo XVIII. Las razones de esta pervivencia de lo simbólico en las reducciones serían, por un lado, la centralidad del concepto de Teocracia en el pensamiento de la *Societas Iesu*, y por otro, la gravitación de las concepciones guaraníes que dotan de carácter invocatorio a las imágenes, convirtiéndolas en símbolos que conectan directamente con la noción que sintetizan. A partir de esta doble vertiente, la producción sígnica se desdobra en nuevos valores e implicancias; esta dinámica de trasmutación conceptual -en la cual la imagen como *representatio* deviene entre los guaraníes *presentatio* en virtud de su capacidad presentificadora- lleva al autor a hablar de un fenómeno de convergencia y dualidad entre la semiosis jesuita y la indígena. Si la hipótesis es fértil y relevante al análisis, ciertos conceptos a los que el planteo de Bollini recurre podrían cuestionarse desde una perspectiva antropológica: “atavismo”, “cavidad atávica” (p. 38), “latencia atávica” (p. 37), entre otras, constituyen nociones por medio de las cuales se caracteriza la cultura guaraní y su aporte a las formas artísticas gestadas en las misiones. En la medida que la idea de “atavismo” implica irracionalidad, sujeción del individuo a ciertas tendencias (a menudo de carácter instintivo y ancestral, y con connotaciones de regresión) que lo dominan, su aplicación en el marco de este ensayo a los guaraníes -no a los europeos- revela resonancias eurocéntricas cuya validez en los estudios socioculturales hace tiempo ha sido puesta en cuestión.

En la segunda parte, “Teocracia. Ritos, simbología urbana, imágenes”, el ensayo se ocupa de señalar las complejidades de la interacción cultural en las misiones jesuítico-guaraníes. No se trata sólo de la ambigüedad y el desencuentro semántico que se produce cuando los conceptos religiosos europeos son traducidos a otra lengua, sino también, entre otros aspectos, de las aristas que presenta, en el caso particular de las misiones de *Paraguaria*, aplicar una pedagogía contrarreformista centrada en las imágenes sobre una religiosidad como la guaraní que, orientada hacia la palabra, relega lo iconográfico en pos de lo verbal a través del cultivo de la oratoria sagrada. Otro punto importante de la argumentación consiste en retomar la idea ya mencionada de superposición sígnica entre la cultura europea y la originaria americana, para pensarla como una “cualidad diferencial” de la evangelización de la Compañía con respecto a otras órdenes, en tanto en las reducciones jesuitas el signo católico “se yuxtapuso a los signos originarios” (p. 46), y “ciertos acentos de sincretismo impidieron que el modo de ser original se eclipsara por completo” (p. 46). Si bien resulta acertado el planteo del autor en lo que respecta a la yuxtaposición sígnica como parte de la estrategia evangelizadora jesuita (visible, por ejemplo, en el establecimiento doctrinario de ciertas correspondencias: entre el dios guaraní *Tupá* y el dios cristiano, entre

Añá y Satanás, etc.), es posible plantear dos cuestiones: en primer lugar, sintagmas como “modo de ser originario” o “ser originario” sugieren una concepción esencialista de la identidad. Por otro lado, y sin cuestionar la hipótesis del ensayo, podría ser provechoso preguntarse, para problematizar la indagación, por aquello que eventualmente podría haber escapado al proceso sincrético en los términos en que lo piensa Bollini; plantearse si ciertos elementos de la cultura guaraní no habrían pervivido *por debajo* o *al margen* de los procesos de *conversión* y fusión, apelando los indígenas, en todo caso, al “sincretismo” como *simulación*, máscara bajo la cual ocultar de los ojos de los sacerdotes la permanencia de los antiguos cultos.

Desplazando la mirada del terreno de las artes visuales hacia el de la arquitectura misional, Bollini comienza por señalar su fuerte orientación teocrática. Lo que sigue es una rica descripción del trazado urbano en la que se destaca la omnipresente dimensión simbólica en la disposición de los espacios y otros aspectos del conjunto. El ensayo aporta una periodización en cuatro etapas para la arquitectura jesuítico-guaraní, de la cual se concluye que el ciclo completo evidencia diversos grados de mixtura entre aportes indígenas y europeos. Interesa también la comparación que el estudio propone entre la arquitectura barroca de las reducciones de *Paraquaria* y los simultáneos desarrollos del barroco en Europa (la iglesia del Gesù, el monasterio de Rohr) y en otras misiones jesuitas americanas (Alto Perú). Tras la periodización, descripción y problematización de los cuatro ciclos (con énfasis en el tercero y cuarto), el autor ensaya la lectura del planeamiento urbano a partir de dos dimensiones significativas que, podríamos decir, corresponden a estrategias de *control* y *observación*. Por un lado, se trata de la relevancia de la organización cotidiana del trabajo indígena en el trazado urbano, manifiesta en la disposición de los talleres y colegios respecto del templo a fin de garantizar el seguimiento permanente de la actividad laboral por parte de los sacerdotes. Por otro, lo que se pone en juego es la relación de la urbanística con la esfera de la muerte, la existencia de ciertos espacios –especialmente los cementerios- que deben ser integrados simbólicamente en el campo visual del templo –considerado como la casa del “Observador Supremo” (p. 92)-, aspecto que es coherente, a su vez, con el ethos teocrático de la Compañía.

En la tercera sección, titulada “Teodicea”, Bollini evalúa el modo en que el cuerpo de ideas de la *Societas Iesu* y el polémico fenómeno del “Estado jesuítico-guaraní” son considerados en la Europa de los siglos XVII y XVIII, recuperando en su análisis los juicios de Blaise Pascal, Voltaire, la corriente ortodoxa católica, entre otras vertientes. A continuación, desarrolla y problematiza el tema de la convivencia y la tensión entre Teocracia y Ciencia como rasgo característico del sistema de pensamiento de la Compañía, afín al racionalismo religioso de Leibniz.

*El Barroco Jesuítico-Guaraní: estética y atavismo*, con su fraseo parsimonioso y su retórica erudita veteada de opacidades, con su perspectiva interesada en los productos estéticos y culturales de las misiones más que en su carácter conflictivo de experiencia social, constituye, más allá de los reparos que han sido planteados, una reflexión en la que vale la pena detenerse. Resulta acertada la propuesta de pensar el sistema jesuítico-guaraní como *lectura lateral* del barroco europeo, así como también la estrategia de abordarlo diacrónicamente, en su historicidad, describiéndolo y analizándolo en el devenir oscilante de sus mixturas y tendencias. La cultura misional de *Paraquaria* se manifiesta así como

una matriz simbólica compleja, un campo de lecturas en el que destaca la ambigüedad, el desdoblamiento –e incluso, podría agregarse, el solapamiento- de los signos como factores distintivos de ciertos procesos de interacción cultural.

Sofía Irene Traballi  
Universidad de Buenos Aires